



## Más allá del terror. Abordaje cultural de la violencia en Colombia

Luis Carlos Restrepo  
Bogotá: Aguilar, 2002, 294 págs.

**John Jaime Correa Ramírez**  
Historiador

CON EL ESTILO QUE LE HA SIDO  
habitual en obras como *El derecho a  
la ternura* o *El derecho a la paz: proyec-  
to para un arca en medio de un diluvio*

*de plomo*, Luis Carlos Restrepo, Alto Comisionado de Paz, nos presenta en este libro su postura personal y académica sobre la larga tradición de violencias en Colombia y sus implicaciones en la búsqueda de salidas pacíficas al conflicto, con

participación de todos los actores armados y la sociedad civil.

De entrada habría que plantear dos aspectos que subyacen implícitos a lo largo del texto: en primer lugar, no se trata de una propuesta que fije unos principios básicos

para una posible política de paz ni pretende pasar por un estudio de análisis político, a pesar de que al final del texto, Restrepo haga alusión a su afinidad y compromiso con las políticas de seguridad democrática del actual gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez. En segundo término, el título de la obra pretende llevar a una amplia gama de lectores a una comprensión de la dinámica reciente del conflicto armado colombiano, más allá de las recriminaciones morales o sectarias de la violencia en nuestro país, así como de las dimensiones publicitarias de un concepto tan complejo, y en ocasiones ambiguo, como es el terror.

En este sentido, el abordaje cultural que el autor propone es un acercamiento a las tramas de configuración política del país a lo largo de su historia, caracterizadas por la exclusión y la estigmatización política, económica y sociocultural. Según Restrepo, la cultura política del país padece los lastres de la imposición de los dogmas del copartidario, asumidos a la manera de correligionario y que terminaron por imponerse sobre las lógicas del ciudadano, en gran medida por la polarización extrema de los partidos políticos y el desconocimiento de cualquier forma de oposición política. Y así, los antagonismos de vieja data servirían de caldo de cultivo para las nuevas violencias del presente, tanto por la vía de las continuidades como por la vía de los enculturamientos o de los procesos de socialización violenta.

El objetivo central del análisis de Restrepo es promover una reflexión a modo de concientización colectiva, como una forma de exorcizar los fantasmas y los atavismos de la violencia que persiguen a la sociedad colombiana de tiempo atrás, en procura de aclimatar un nuevo proceso de paz, que define básicamente en términos de reconciliación. Al comienzo del libro, el autor hace ex-

plícita su intención de "...estudiar nuestro presente y nuestro pasado, ...conceptualizar nuestro horror constitutivo para esbozar salidas que nos permitan construir un país civil, alejado de la demagogia guerrera, invirtiendo así los signos que nos escandalizan" (p. 16). Y poder así, "señalarle un derrotero a esta nación en extravío", como afirma más adelante (p. 18).

En el libro se combinan las posiciones del académico, del terapeuta social y del activista político de corte civilista, por lo que se hace difícil hacer un balance crítico de sus diversos análisis. Podría decirse, en términos generales, que se trata de un ensayo para un público amplio, es decir, no sólo para académicos interesados en el tema de la violencia o del conflicto armado, escrito por una persona muy bien documentada, bastante sugerente e innovador en la interpretación de las motivaciones políticas y psíquicas de un gran número de actores armados, pero sobre todo, no cabe duda de que se trata de un ejercicio académico bien intencionado, por encima de cualquier posición parcializada políticamente, así muchos de sus planteamientos puedan ser objeto de discusión.

Su argumento central, tras su recorrido por la historia del país y su aproximación a las lógicas de los sectarismos y actitudes guerreras, es que la violencia en Colombia no se podría tomar como un factor de cambio o como resultado de las tensiones propias de un proceso acelerado de transformación socioeconómica, sino que ha sido y es "...un mecanismo de defensa para no dar cauce lúdico a nuestros conflictos". En esa medida, el cambio que necesitaríamos sería más de índole cultural en el profundo sentido de la palabra y no sólo en un cambio económico o un desplazamiento de élites políticas (p. 167). Desde esta perspectiva, Restrepo fija una posición diver-

gente en su análisis del conflicto colombiano, así como frente a las posibles salidas negociadas, que según él, no se reducen a un cambio en el modelo económico o a una reforma política, sino, esencialmente, a una transformación cultural de largo alcance en el que se comprometan las fuerzas vivas y proactivas de la sociedad colombiana.

La estructura argumentativa se divide en tres ejes temáticos que le permiten pasar de las miradas de larga duración a las problemáticas de mediana y corta (o mejor, de reciente) duración. Con el recuento histórico del primer capítulo busca dar respuesta a la repetida pregunta, tantas veces sin respuesta, de por qué somos tan violentos. De ahí que Restrepo intente explorar la presencia de factores culturales en la génesis de muchas de nuestras violencias: "Es preciso aceptar que para muchos colombianos la violencia se ha convertido en un hábito, en un estilo de vida que nos aprisiona y nos obliga a derramar sangre como única manera de dar cauce a los conflictos que padecemos" (pp. 33-34).

Los matices socioculturales de los que Restrepo echa mano le permite argumentar en contra de las estigmatizaciones genéticas o raciales. Más que una pulsión orgánica, "la violencia tiene que ver con dinámicas comunicativas propias de la vida social y con espejismos culturales que nos han convertido en el único animal capaz de matar por una abstracción, de asesinar por una idea" (p. 33).

Un ejercicio parecido realiza Restrepo para dar cuenta del carácter excluyente del sistema político colombiano en el que emergieron los partidos políticos. En este sentido, su crítica es también muy fuerte con la burguesía colombiana del siglo XIX, de la que dice que "su alma tiene el tamaño de una factura de exportación" (p. 42). Sin embargo cae en apreciaciones posfactuales,

que rozan con los lugares comunes, cuando afirma que al frustrarse la revolución artesanal de 1854 se descartó la posibilidad de que en nuestro país viviéramos una verdadera revolución industrial.

La conclusión de este período es que “en medio de la polarización política de los discursos, guerra y política se mantuvieron durante el siglo XIX como prácticas simétricas y complementarias, generándose una simbiosis entre conducción ideológica y mando militar” (p. 46). Es en este sentido que afirma que la lógica sectaria del copartidario terminó imponiéndose sobre el proyecto de una ciudadanía plural y tolerante.

En el paso de siglo, Restrepo dedica especial atención al caso del Gaitanismo, que se destacó por el cambio radical en el modo tradicional de hacer la política y su vinculación efervescente con el “vulgo”, lo que derivó en una representación violenta de las fisuras de la sociedad colombiana de entonces, liderando una guerra simbólica hasta un punto límite de no retorno, en la que se justificó el sacrificio del pueblo a la luz de un nuevo fervor patrio. “Los odios partidistas que resurgían con intensidad inusitada presentaban una marcada diferencia respecto a enfrentamientos anteriores. La iniciativa sobre la guerra, reservada durante décadas a las clases dirigentes, recaía ahora en líderes populares que organizaban de manera autónoma sus aparatos armados” (p. 61). Así, ya se empieza a insinuar en el texto la aparición de las primeras organizaciones guerrilleras bajo la forma de autodefensas o rezagos de grupos de bandoleros.

El segundo capítulo es desarrollado de manera muy sugerente, aplicando interesantes conceptos psicológicos para dar cuenta de la yuxtaposición de violencias recientes. El autor hace referencia, en

particular, a las marcas autoritarias de la sociedad en la familia, la escuela y los espacios de socialización en barriadas, de las cuales derivarían violentos mecanismos de transferencia, lo que le permite afirmar que “desplazar hacia otros el odio es experiencia que se vive como una especie de liberación” (p. 163). Restrepo también plantea, por ejemplo, que las masacres de los años cincuenta, así como muchas de la actualidad, se podrían concebir como una verdadera “forma de interacción social”, en la que mediante la eliminación física o el amedrantamiento psicológico del contendiente se tienden a ratificar identidades y fortalecer mecanismos de solidaridad, bajo una lógica que implicaría algo así como “matar juntos para mantenerse unidos”.

En esa misma medida los grupos armados por fuera de la ley, sean guerrillas, paramilitares, o incluso los ejércitos privados al servicio del narcotráfico, logran capitalizar, explica Restrepo, un sinnúmero de resentimientos afectivos y descontentos interpersonales y sociales, exculpándose tras una dinámica grupal en la que se trastocan valores, normas y lealtades, y que permiten justificar finalmente, ya sea tras un argumento ideológico o político, la actitud recurrente de matar (p. 220).

Llama la atención la denominación que el autor hace de los narcotráficantes, a quienes en lugar de criminalizar, llama “ciudadanos”, y que según él, nunca asumieron sus negocios como una actividad ilícita, ya que por el contrario, “sentían que al integrarse a las redes de la droga se adscribían a la vez a un campo de eficacia económica o cultural que generaba beneficios monetarios o simbólicos para los transgresores” (p. 115).

Para Restrepo, el país que empieza a verse reflejado en las nue-

vas violencias de los años sesenta, es presa de dos nuevas polarizaciones: por un lado, de la exclusión que impuso el Frente Nacional a nuevas formas de organización política, y por otro lado, de los fundamentalismos marxistas. En la explicación de esta nueva y violenta radicalización, el autor aborda críticamente las escasas propuestas de paz que surgieron durante la época, e incluso en épocas recientes. “La paz queda reducida a una noción técnica administrativa, a una propuesta para coadministrar los conflictos mientras la violencia aparece como un nuevo sujeto, un enemigo común que es necesario derrotar, negándosele su condición de campo estratégico en la constitución de la sociedad colombiana” (p. 95).

Restrepo concluye este capítulo afirmando que la cultura del terror, que reflejaría la eficacia cotidiana de la violencia, se constituye en la expresión de una paranoia asumida como una práctica social adaptativa, y que, así mismo, la gran tarea que compromete a la sociedad civil y al Estado es la refundación de la sociedad mediante una amplia tarea educativa, que nos permita vernos de otra manera, tanto en relación con el pasado como con el presente.

La compleja tarea también pasaría por la construcción de una utopía posible, en medio de los signos de distopía que acusa la historia y el presente colombiano. Es recurrente el llamado a que la sociedad trascienda a esta nueva etapa, quizás mediante catarsis y terapias de sanación colectiva, en las que el olvido nos permita recabar en lo simbólico para exorcizar fantasmas del pasado. Aquí Restrepo hace una invitación a que exploremos nuevas posibilidades de reconciliación por la vía de la lúdica, aunque de un modo muy infortunado, invitando por ejemplo, a hacer montículos u obras de

arte en lugares de masacres, a hacer cometas con nombres de las víctimas para que no nos pesen tanto en nuestra memoria y se contagien de la liviandad del viento. Recomienda volvernos “técnicos en explosivos sociales para desactivar situaciones conflictivas” (pp. 188 y ss.). Restrepo propone, en síntesis, una verdadera cruzada desde la sociedad civil, convertida en fuerza civil, por un nuevo movimiento de salvación nacional, aunque no explicita los alcances de este movimiento en términos de organización política que le permita escapar a los vicios del clientelismo galopante e imperante.

El tercer capítulo, como se dijo anteriormente, es una propuesta para hacerle el quiebre a los círculos viciosos de la violencia, a las justificaciones que legitiman el recurso a las armas, e incluso, para sorpresa de muchos, arremete contra los excesos de autoritarismo, empezando por el propio Estado.

En esta misma medida, el camino de la paz lo concibe como un largo trecho, que no se limita a un simple acuerdo de los actores armados. Restrepo rescata el protagonismo de algunos movimientos cívicos y religiosos, que en diferentes regiones del país han logrado concitar una amplia participación ciudadana, haciendo frente al temor y a la desidia tan característica en nuestro país, para que propuestas de este tipo logren arraigarse y propiciar una especie de refundación de un pacto político, así sea con un alcance local limitado.

Llama la atención que Restrepo no se atreva a hacer un balance exhaustivo de los logros y fracasos de la política de paz de sus antecesores inmediatos. De manera sucinta hace referencia sobre el experimento de las zonas de distensión del gobierno pasado, tan cuestionadas por el presidente Uribe durante su campaña electoral. Pero simplemente se limita a reseñar el

impacto negativo que el proceso de distensión tuvo sobre la movilización ciudadana, relegada a un segundo plano, a pesar de que dicho proceso, iniciado por el ex presidente Pastrana, se justificó políticamente como respuesta a la amplia participación que concitó el Mandato Ciudadano por la Paz, en 1997.

Con lo que sí se compromete Restrepo es con la política de seguridad ciudadana del presidente Uribe, la cual valora como un medio de incentivación de la participación ciudadana en las políticas de seguridad, en tanto único medio para restituir la legitimidad de las autoridades del Estado y promover nuevas bases de convivencia. La resistencia a los violentos por parte de la fuerza civil que Restrepo propone no se contradice con la colaboración ciudadana a la fuerza pública.

Quizás éste es uno de los puntos más polémicos del texto, en el que se logran percibir algunas contradicciones con planteamientos hechos anteriormente. Pareciera que el presidente Uribe no hiciera política, sino que se moviera desde un campo neutro o apolítico, que estuviera situado más allá de los intereses políticos partidistas que Restrepo, en más de una ocasión, propone deben ser superados por la sociedad civil para adquirir su verdadera y necesaria autonomía política. Resulta un tanto confusa la argumentación cuando el autor entremezcla la necesidad de rodear al actual gobierno, que ha sido bastante elocuente en el sentido de fijar un posible acercamiento con los grupos alzados en armas en términos de disuasión o sometimiento, con sus bienintencionadas ideas de “comprender” a todos los actores armados en sus razones morales que los han impulsado a tomar las armas, incluso como un medio para entendernos a nosotros mismos: “...comprender, en

fin, a los guerrilleros pero también a los paramilitares, a los grupos de limpieza social y a los grupos civiles polarizados por la guerra, cuyos corazones se encuentran endurecidos por los anhelos de venganza; es, en fin, comprender el matón que todos llevamos dentro” (p. 256). Con semejante reflexión, entonces, ¿en quién confiar? ¿Acaso en el Estado, ya que la sociedad civil pareciera sumida en el Estado de Naturaleza del que nos habla Thomas Hobbes? ¿En qué tipo de paranoia colectiva se puede sumir una sociedad invitada a participar en términos de “informantes”, cuando se asume que todos potencialmente estamos invadidos de una actitud proclive al asesinato?

No se trata de suspicacias. ¿A favor de qué está Restrepo cuando confronta críticamente el perfil de organizaciones civiles como País Libre, contraponiéndolo con la orientación de otra organización civil como es Redepaz? Su postura es elocuente, cuando rasorea algunos rasgos de autoritarismo en País Libre: “Mientras en Redepaz primaba una visión de la paz con énfasis en la justicia social y la participación activa de grupos reinsertados y sectores democráticos de izquierda, en el caso de las movilizaciones promovidas por País Libre primaba la exigencia de una paz con seguridad ciudadana, haciendo presencia sectores que animaban consignas de derecha como la pena de muerte para los secuestradores” (p. 229).

El libro se va cerrando en esta especie de acta de fe, y en el papel que él como pedagogo y terapeuta se siente comprometido para mejorar la salud mental colectiva de la sociedad colombiana. Al final queda el sinsabor respecto a si el autor logró desarrollar su prometido “abordaje cultural de la violencia en Colombia”, cuando en muchos casos hizo uso de inter-

pretaciones que hoy son lugar común, como por ejemplo su alusión a “los odios heredados” o a “la cultura de la violencia” y que fácilmente trastoca eufemísticamente con el nombre de “cultura del terror”; cuando habla de participación y movilización políti-

ca popular en términos abstractos, sin tener en cuenta las mediaciones políticas de los partidos y los caciques electorales; o cuando, a pesar de intentar hablar para un público amplio, explica que el conflicto colombiano también se debe, entre otras tantas cosas que

cita, a “un grave problema comunicativo, que ha dado lugar a la formación de corzas (sic) características esquizoparanoïdes, donde unos colombianos excluyen a otros y los convierten incluso en mercancía humana con escasa capacidad de crítica” (p. 269).